



## LOS PARIENTES RICOS.

—Pues bien, esperaremos. .—dijo el clérigo, en tono decisivo, dirigiéndose resueltamente á la sala, seguido de don Cosme.

Uno y otro entraron en el saloncito, y después de dejar en una silla próxima á la puerta capas y sombreros, se instalaron cómodamente en el estrado.

La criada, una muchacha de buen hablar, limpia, fresca y sonrosada, un si es no es modosita, saludó con ademán modesto y cortés, y se volvió al jardinito enflorado con las mil rosas de una primavera fecunda y siempre pródiga.

—Dejemos en paz á los señores—dijose

Filomena—que, á juzgar por su llaneza, serán, acaso, amigos, si no es que parientes, de los amos.

El clérigo y su compañero, repantigados en las mecedoras, no decían palabra, y se entretenían silenciosamente en examinar el recinto.

—¡Calor insufrible!—dijo el canónigo, secándose la frente y el cuello con amplio pañuelo de hierbas.—¡Calor—repitió—como no había vuelto á sentir desde que salí de Tixtla hace más de veinte años!

—¡No sé—exclamó su amojamado interlocutor—cómo pueden vivir las gentes en esta ciudad, donde cuando no llueve agua, llueve fuego!....

—¡No se queje vd., amigo don Cosme!.... Temperatura más cálida tendrán á estas horas nuestros amigos. Hoy habrán llegado á Veracruz, y si hoy no desembarcan, mañana saltarán á tierra; recibirán el mensaje que pusimos esta mañana, hablarán con el Cura, á quien el Sr. Arzobispo los ha recomendado, y al día siguiente los tendremos aquí. Los muchachos que-rrán llegar á Méjico horas después, pero mi compadre los obligará á detenerse aquí unos tres ó cuatro días. Diré la misa de requiem en la capilla; comeremos acá con doña Dolores, con las niñas y con los muchachos; visitaremos con mi compadre á una media docena de viejos amigos, y

en seguidita, al tren!... Ocho horas de ferrocarril, y cátese vd., señor don Cosme, en su casa, y en nuestra diario partida de tresillo.

—¡Dios lo haga, señor Doctor!—contestó don Cosme—¡Dios lo haga! Ya no estoy en edad para estos viajes y para estos ajetreos.... Desde el año 56 no había yo vuelto á salir de la capital.... Y tenga vd. por cierto que de allí no volveré á salir, como no sea para ir al sepulcro, cuando me duerma yo en el Señor, y, como lo tengo pedido, y me lo tiene prometido Antonio Pedraza, me lleven á su hacienda de los Chopos para darme cristiano enterramiento.

—El hombre pone.... y Dios dispone, don Cosme! Dice la Sagrada Escritura....

—Y.... dígame vd.—interrumpió Linares, variando de tema, fijos los vivarachos ojuelos en un retrato al óleo, obra de excelente artista y colocado arriba del sofá—¿es cierto que esta familia se encuentra en situación precaria, á causa de no sé qué litigio ganado hace poco por un extranjero, y á causa también de viejos y amargos rencores de familia? Parece, me han dicho, que la catástrofe vino á raíz de la muerte de don Ramón, y durante la ausencia larguísima de don Juan.

—Es verdad, amigo Linares, es verdad; como es cierto que estas gentes no han querido acudir á mi compadre en demanda de auxilio y de segura salvación.

—Por de contado que don Juan....

—Sin duda; pero Lolita no echa en olvido ciertos disgustillos que por cuestiones é ideas políticas, separaron á su marido y á su cuñado. Ramón era testarudo como un aragonés; Juan no desmiente su abolengo vizcaíno..... Pero mi compadre, (vd. le conoce) ha estado, y está dispuesto á proteger y otorgar favor y ayuda á sus parientes. Así me lo escribió desde Lourdes, ha menos de seis meses, y á eso viene, y por eso no fué á Sevilla á pasar la Semana Santa, y por eso, y con el objeto de allanar cualesquiera dificultades que se presenten, he venido por encargo de nuestro amigo; que para recibirle y verle diez ó veinte horas antes de su llegada á Méjico no era necesario el viaje que hemos hecho, corriendo mil peligros en el tren, ni pasar por esos cerros de Maltrata y por esos puentes alzados hasta las nubes, ni faltar al Coro, ni tener que confiar á un compañero los sermones del Mes de María que he debido predicar ayer y hoy, y el que debo predicar mañana en la Profesa, en San Bernardo y en Jesús María.

—¡Sea para bien!

—Lolita es persona de carácter, (ya la conocerá vd.) es mujer expedita y de talento, y no me será fácil convencerla....

—¡Con la elocuencia de vd., señor Doctor....

—¡No habrá elocuencias que valgan! No me será fácil convencerla de que debe, por ella y por sus hijos, solicitar de mi compadre que está muy rico, como quien dice nando en oro....

—Si, señor Doctor, podrido en pesos!

—....que debe apelar á su cuñado, que es generoso, y hasta manirroto, sí, manirroto, en demanda de ayuda.... Ya sabe vd. que Juan no se tienta el corazón para gastar el dinero.... Díganlo si nó las obras de caridad que sostiene; el auxilio que desde hace más de veinte ó treinta años (y me quedo corto) viene prestando á las iglesias pobres; dígalo si nó el Seminario ese, levantado por él desde los cimientos....

—¡Don Juan, señor Doctor,—exclamó, incorporándose en su asiento el de Linares —don Juan es un modelo de buenos cristianos! ¡Mil veces lo he dicho! ¡Mil veces! No por él se diría aquello de que para los opulentos suele estar cerrada la puerta del Cielo.

El Canónigo inclinó la cabeza en señal de asentimiento, se arregló el solideo, se compuso solemnemente el alzacuello con el índice y el medio de la diestra, y prosiguió:

—¡Al fin persona de buena cuna! Hombre de sólidos principios y de sanas ideas....

É interrumpiéndose un instante, y como atento á ruidos y voces que llegaban del corredor, dijo:

—Me parece que esas gentes llegaron ya. Oíanse en el zaguán voces femeniles.

El Canónigo y su compañero guardaron silencio. El clérigo se mecía dulcemente en su sillón; don Cosme se preparaba á encender un purillo recortado, cuya aspereza y cuya palidez denunciaban la mala clase del artículo y lo burdo de la hechura. El viejo inclinado hacia el lado derecho, en busca de la luz que entraba por la ventana, revolvía el cigarro entre los sarmentosos dedos, sin dar con la espira que indicaba la torcedura de la hoja, sin acertar con la línea de la pecosa capa.

Dos lindas jóvenes, una alta y rubia, la otra baja y morena, sencilla y elegantemente vestidas, pasaron por el corredor hacia las habitaciones interiores. La segunda se apoyaba en el brazo de su compañera.

Tras ellas apareció doña Dolores, la cual entró en la sala.



II

—¡Muy bien! ¡Lindísimo! Ni un aviso con algún amigo, ni cuatro letritas por el correo, ni un telegrama! ¡Muy bien, señor Fernández!

Esto decía la dama, dirigiéndose hacia el estrado, á tiempo que el clérigo se adelantaba tendiendo los brazos para abrazarla—en ademán litúrgico,—á la manera como el preste abraza al diácono en las misas cantadas.

—¡Dolores! ¡Dolores!—repetía el canónigo—¡Siempre tan famosa y tan bien conservada! ¡Por vd. no pasan los años!

La señora ahogó un suspiro.

—Pero vamos:—dijo el eclesiástico, presentando á su compañero—Amigo don Cosme: la señora de Cervantes.... El se-

ñor don Cosme de Linares: excelente caballero, el fundador de la hermandad de las "Rosas Guadalupeñas," viejo amigo de Juan, persona de excelentes prendas....

Y cambiadas las frases de cortesía, sentóse la dama en el sofá, y los visitantes volvieron á sus sillones.

La señora repitió sus quejas:

—¿Por qué no avisar! ¡Los habríamos hospedado acá con tanto gusto!....La casa es chica, pero no tanto que ustedes hubieran estado mal instalados. Además: habríamos ido á recibirlos en la Estación. ¡Vaya, señor Doctor! ¿Ya no somos amigos? Si Ramón viviera no quedaría contento de vd.... Pero... si no le perdono á vd. esta manera de venir! Yo... siempre preguntando por vd.; siempre informándome de su salud, y de todo!.... Y, á propósito, á propósito: mis felicitaciones, sí, mis felicitaciones por la canongía. Lémos la noticia en "La Voz de México" y nos dió mucho gusto, y dije á las muchachas, (ya las verá vd., no tardarán en venir) que era preciso mandar á vd. nuestros parabienes.... Margarita era la encargada de escribir, porque con los muchachos no se cuenta, y Elena, la pobre Elena ¿sabe vd. la desgracia?

El canónigo hizo un ademán afirmativo.

—Pero con tantas penas, con tantas amarguras, ¡ya sabrá vd! y luego la mudanza.... ¡Mudar una casa en la cual na-

da se había movido durante tantos años, más de ochenta, según me contaba Ramón; luego, el instalarse aquí; después, la enfermedad de Ramoncito, que el pobrecillo se vió á la muerte.... Y así fué pasando el tiempo y no llegó el día en que Margarita escribiera. Pero vd. nos perdonará ¡Bien sabe cómo le queremos!

—Sí, Dolores,—respondió el canónigo—mucho les agradezco su cariño y sus recuerdos. El P. López, á quien vemos por allá frecuentemente, me ha llevado las memorias y saludos de ustedes. No bien llega, y le digo ¿qué dice Pluviosilla? me habla de ustedes y de todos los amigos. Por él he sabido los cuidados y las amarguras de vd. De todo ello trataremos con la calma debida.

Y variando de conversación prosiguió:

—Pero.... cómo he sentido el calor. Sólo en Guerrero le he sentido igual.... Y sabe vd. que tienen una bonita casa....

—Muy chica...—replicó la señora.

—Ya la veo; pero con un lindo jardín. Ya me fijé en él. Muchas flores ¿eh?

—Es el tiempo de ellas. Ahora hay pocas.... Las muchachas, en este mes, cortan todas para mandarlas á Santa Marta.

—Bien hecho: que engalanan los altares de la Madre de Dios!

—Si ustedes gustan iremos al patio...para que vean cuanto tenemos, antes que obs-

curezca. Probablemente al señor Linares le gustarán las flores.

—Sí, señora!—murmuró don Cosme con la frialdad de un sordo á quien le alaban una pieza de música.

—Pues, vamos, Dolores.....Vamos á ver ese jardín famoso.....

—¿Tomarán ustedes chocolate? Mientras lo hacen veremos las flores.....Tenemos ahora magníficas rosas.

—¿Habrá dahalias?

—En la otra casa llegamos á reunir una magnífica colección. Aquí se nos han perdido muchas. Pero no son flores de estos meses. Ya en julio principian....

Y todos se levantaron. En ese momento llegaban las señoritas.

Una, la morena, de gran belleza, y en quien la juventud hacía alarde de todos sus dones y de su exuberante opulencia, era conducida por su hermana, ciega desde antes de cumplir quince años, á consecuencia de no sabemos qué enfermedad que la ciencia supo vencer en la niña, pero sin lograr que la luz volviera á las pupilas de ésta, inclinaba la frente al andar, y se encorvaba un poco; habituada á ir y venir en el interior de la casa, siempre á tientas y siempre apoyándose en las paredes ó en los muebles. Brillaba en aquellos ojos fulgor mortecino, pero eran grandes, rasgados, límpidos; negras las pupilas; los párpados

vivos y orlados de largas y levantadas pestañas.

En su hermana, en la gentil Margarita, había la soberbia altivez de una estatua griega. Pálida, con palideces de lirio, de púrpura los labios, de flor de lino las pupilas, había en ella cierta suprema majestad de princesa. Parecía una piadosa Antígona que guiara no á un Edipo desventurado, sino á la más bella de las jóvenes tebanas cegada por la implacable crueldad de los dioses. En la rubia toda la dulce y regocijada hermosura de la azucena; en la morena la belleza ardiente de una centifolija abierta por el rocío, al despuntar los albores de una mañana de mayo.

—¡Qué hermosas!—pensaba don Cosme.

—¡Qué lindas y qué grandes!—repetía el clérigo—¡Con razón nos hemos hecho viejos! ¡Quién las vió, como tú, de chiquillas, picarillas y traviesas!

—Margarita: chocolate para los señores!....

Elena sonreía al oír las frases joviales del canónigo que hacían contraste con la sequedad y reserva de don Cosme.

Todos se dirigieron hacia el patio. Elena apoyada en el brazo de doña Dolores; el clérigo al lado de ésta; don Cosme en el opuesto, junto á la ceguezuela.

• ¡Cuán espléndido se ocultaba el sol tras

la colina de la Saucedá ! ; Qué limpio y azul el cielo de Pluviosilla ! ; Qué ardiente el ce-  
laje ! ; Qué nubes aquellas que parecían in-  
móviles sobre la cima dorada del Citlalté-  
petl !



### III.

— ¡ Qué grato frescor el de este patio !—  
dijo el sacerdote !

— ¡ Como que Filomena acaba de regar-  
le !— respondió la dama— ¡ Y vaya si le ha  
regado bien ! Vea vd. . . ha inundado al-  
gunas callejas . . . Pero no teman ustedes  
la humedad.

La señora y la señorita se detuvieron ;  
el clérigo y su amigo se adelantaron hacia  
el centro del patio.

Ardía el Poniente. Sobre la hermosa  
colina que limita y da sombra á la Saucedá,  
el mejor paseo de la ciudad, declinaba el  
sol en una espléndida gloria de púrpura ;  
se hundía como en un piélago de doble mú-  
rice, cuyo oleaje carminado se extendía  
impetuoso hacia las regiones del Norte.

El canónigo contempló breve rato las magnificencias del flamigero crepúsculo, y llamando la atención de don Cosme hacia la suprema hermosura de aquella puesta de sol, dijole, haciendo un gesto:

—Mañana tendremos sur.... ¡Buena música nos dará esta noche!

Sonrieron las señoras que se habían detenido, y avanzaron hasta la fuente, en la cual parloteaba el chorro, y en cuyas aguas agitadas se revolvían asustados rojos y dorados ciprinos. La dama mostraba el simpático conjunto del jardinito. Elena movía sus dedos en el agua que había en el borde de la fuente.

—Esta azalea,—decía doña Dolores, señalando una caja arborífera,—era la favorita de Ramón. Los jardineros llaman á esta planta "Perla de Alemania." No es rara; pero aquí, en Pluviosilla, florece ricamente, durante el invierno. Es un encanto verla. Se cubre de flores niveas.... Cada corola luce en el fondo suaves tintas verdes....

Y suspirando agregó:

—Cuando murió el pobre Ramón, la planta estaba en flor, como si se hubiera adornado para despedirse de su dueño, y las niñas cortaron todas las flores, todas, é hicieron una corona....

Humedeciéronse los ojos de la dama. El clérigo se apresuró á interrumpirla:

—¿Y cuál es el nombre de esas hojas tan frescas y tan lindas, listadas de morado y también moradas por el revés?....

En aquel instante se acercó Margarita: —¿Esas? ¡Ah! Son "calateas." Es una soberbia planta de sombra. Es el mejor adorno de nuestras casas; pero es delicadísima: el frío la mata; los rayos de sol la quemán. Veán ustedes mis flores preferidas. Para papá las azaleas; para mamá las dahlias. Elena no gusta más que de las violetas; á mí me encantan las rosas.... Ahora hay pocas. En este mes, todas las mañanas, cortamos las flores abiertas en la noche, y las mandamos á Santa Marta. Veá vd.; señor Doctor....

La blonda doncella, seguida del Cañonigo y de don Cosme, fué deteniéndose frente á cada rosal.

Habíalos de mil especies; á cual más bellos; desde los rastreros que se tienden como alcatifas en la tierra, hasta los más altivos y osados que trepan á las tapias, queriendo escaparse por los techos. La rosa centifolia lucía su falda sérica, pródiga de su aroma deleitable y místico; la blanca alardeaba de su opacidad butírica, y se desmayaba rendida al peso de sus ramilletes; la "reina," fina, aristocrática, sedienta de luz, ofrecía sus póculos incomparables; la "dorada" entreabría sus capullos pujantes y lucía sus cráteras olímpicas; la



"Napoleón" vivida y sangrienta era la nota ardiente de aquella sinfonía primaveral; la "té," menuda y grácil, vibraba en haces sus botoncillos delicados; la musgosa rasgaba su envoltura de felpa glauca, como ansiosa de desplegar su nítida veste; la "Malmaisón," sensual, voluptuosa, languidecía de amor; la "Concha," risueña y amable, extendía sobre la fuente sus ramos floribundos; la "duquesita" se empinaba para que vieran su ingénua elegancia, y la "triumfo de Méjico," láctea aquí, con bordes carminados allá, flameante al morir, soltaba sus pétalos, orgullosa de sus miríficas arcanas apariencias. En un ángulo, arrimada al muro, protegida de las madre-selvas embriagantes y de los jazmines de España, crecía la singular "jalapeñita," muy modesta con su túnica de gasa. Cerca, cubriendo la tapia, alargaba sus tallos flexibles la trepadora máscula, y la femínea entrelazaba sus guías punzantes con las de su compañera jaldé, y se deshacía en lluvia de hojuelas inodoras y mustias sobre el follaje obscuro de la rosa-mosqueta, riza y albeante.

Don Cosme se mostró cortés, siguiendo á la joven, pero insensible á tales bellezas. No así el Canónigo que parecía embelesado con la conversación de Margarita y con las pompas del jardín.

El chocolate estaba servido. Así lo anun-

ció Filomena, y en tanto que la rubia doncella cortaba rosas y hacía dos ramilletes para obsequiar con ellos á las visitas, en el corredor y cerca de la puerta de la sala, el Doctor y su amigo gustaron del excelente refrigerio: del soconusco aromático, de los bollos incitantes y de los panecillos mantecados y suaves, todo servido en fina porcelana antigua, puestos los pocillos en virreinales mancerinas de plata.

—¡Qué lujos los tuyos!—exclamó el canónigo, metiendo en la jicara un bizcochuelo.—¡Mira qué ricos chirimbolos!

—¡De los que ya son raros!—añadió don Cosme.

—¿A esto llama vd. lujo, señor Doctor?

—Sí, Dolores; lujo es éste, y lujo del bueno, del antiguo y serio; de aquel de nuestros abuelos que no se pagaban de oropeles y trampantojos. ¡Ya de esto no hay! ¡Ya es raro ver una mancerina! Pero, en cambio, qué de cacharros vistosos sin valor ni mérito!

El clérigo se deleitaba contemplando el rico plato, limpio y brillante.

—Las mancerinas esas eran de los abuelos, ó de los bisabuelos de Ramón, ¡qué sé yo! Han pasado de padres á hijos.... y créame vd., señor Doctor, créame vd., las conservamos como un tesoro. Rara vez salen, como no sea en casos y circunstancias como estas.... Se trataba de vd., y del señor....

Don Cosme sonrió y dió las gracias con un ademán. El señor Fernández prorrumpió:

—¡Mucho te lo agradezco, Dolores! Ya verás, ó verá vd., que no nos portamos mal, y que hacemos á tu chocolate los honores debidos....

—¿Y por qué,—repuso la dama,—por qué á veces me tutea vd. y en otras me da tan respetuoso tratamiento? ¡Bien! No escribir, no avisar de la llegada, no poner ni un mensaje para que le esperásemos, y ahora tratarme de vd., cuando siempre me tuteó!

—Tienes razón, hija, tienes razón. La falta de costumbre. ¿Desde cuándo no nos veíamos? Pues.... ¡friolera! ¡Desde hace más de treinta años, desde que pasé por aquí con el Sr. Garza, desterrado como él.... Cuando regresé ví á Ramón, sí, pero á tí no. Estabas con tu padre en una hacienda. Así me lo dijeron las Arteagas. Y dime: ¿viven todavía esas buenas señoras?

—Sí, señor, viven; y muy fuertes y bien conservadas.

—Si tenemos tiempo, ya las veremos....

—No están aquí ahora. Están en Villaverde. Año á año pasan allí una temporada.

—Bien; pues me las saludarás cariñosamente. ¡Si supieras cuántos esfuerzos hice para que su hermano volviera al buen ca-

mino! Pero todo fué inútil. ¡Dios haya tenido piedad de su alma!

Apuraba don Cosme el vaso de agua limpidísima, cuando Margarita llegó con sus ramilletes.

Dió á cada cual el suyo, y en seguida, mientras jugaba con una rosa pálida, apoyóse en el respaldo del mecedor ocupado por Elena. Acaricióla dulcemente como á una chiquitina mimosa, y terminó por colocar entre los negros cabellos de la ceguezuela la hermosa y gallarda flor.

—Volvamos á tus mancerinas, Dolores: —dijo solemnemente el canónigo— consérvalas cuidadosamente; mira que ya de eso no hay, y que son precioso recuerdo de familia!

—¡Bien que las cuido, señor Doctor!— Y añadió entristecida:—Por cierto que en la enfermedad de Ramoncito estuve á punto de venderlas.... Pero las niñas se opusieron á ello.

—Sí,—exclamó Margarita—yo dije que nó; que antes se vendieran otras cosas!

—Yo tampoco quise....—murmuró placidamente Elena.—Y tengan ustedes en cuenta que yo.... ya no las veo, pero les tengo cariño. Me conformo con tocarlas. Yo las guardo, y yo las cuido.

Llamaban á la puerta. Acudió Filomena: un criado del Hotel venía en busca del señor Fernández, para quien traía un mensaje.

—Con permiso de ustedes....—dijo el clérigo, rompió la envoltura, y leyó en alta voz:—“Viaje feliz.—Prevenga familia.—Mañana nos veremos.—Iremos coche especial, en ordinario.—Juan.”—Y agregó con acento afable y franco:—Ya lo saben ustedes.

La dama hizo un gesto de contrariedad; Margarita permaneció impassible; Elena sonrió, y se apresuró á decir:

—Mamá: tú y Margarita irán á recibir á mi tío. Saludarán á todos de parte mía....

—Y tú también, chiquilla, tú también!—replicó el canónigo.

—No; me es penoso ir á sitios de gran concurrencia.... Vd. comprenderá....

—Sí, tienes razón, criatura; pero irás al Hotel, á visitar á tus tíos y á tus primos. Así lo desean.

—Pero....—dijo doña Dolores.

—Mujer: ¡no hay pero que valga! Es necesario olvidar los viejos disgustos.... Ya hablaremos tú y yo, largamente, como lo requiere el caso. ¡A qué temores! ¡A qué, siendo tan buena como eres, ese rencorcillo pertinaz! ¡Ea! ¡Como siempre!

—Vea vd., señor Doctor:—replicó la señora,—si no han anunciado su venida; si en tantos años, jamás, ni á Ramón ni á mí nos escribieron; si cuando enviudé no se dignaron darnos el pésame, si....

—¡Eh, señor don Cosme! ¡Con el te-tempié despachado no le faltarán las fuerzas!.... Váyase á ver al P. López, y vuelvan los dos por mí. En Santa Marta nos espera; no pierda vd. el tiempo, y de pasadita visite á otros amigos: á Castro Pérez que aquí reside actualmente; á los hijos de su primo de vd., don Cosmé II, como le dice mi tocayo.... Yo me quedo á departir con Lolita. Tenemos que arreglar importantes negocios.

—Lamento, señor, que no esté aquí alguno de los muchachos, para que le acompañara. ¿Conoce vd. bien la ciudad?

—Sí;—contestó don Cosme—en los treinta años que faltó de aquí no estará Pluviosilla tan mudada que en ella se extravíe quien en ella pasó la juventud. ¡Felices tiempos aquellos, mi señora! No me despidió, y hasta luego.... Volveré por vd., señor Doctor! De paso visitaré al Santísimo, y rezaré el rosario....

Y se fué. La blonda doncella le acompañó hasta la puerta, después de darle graciosamente la capa y el sombrero.



#### IV.

—Sí, Lola: ya es tiempo de olvidar lo que fué causa de tantos disgustos. ¿Cuál fué el origen de ellos? La maldita y aborrecible política. Mi tocayo conservador, liberal tu marido.... ¿qué había de suceder! Después vino lo de la casa aquella.

—Mi marido la salvó. Él denunció el capital. Juan se oponía á ello, y si Ramón no lo hubiera hecho, qué habría sucedido! No sólo él, otros muchos como él, y de los que militaban en el partido conservador, hicieron lo mismo, y ninguna persona sensata lo tuvo á mal..... Mi esposo quería salvar lo suyo. No denunció un sólo capital impuesto en finca ajena. Denunció ése, quince mil pesos, y debe vd. saber que después, cuando fué posible, arre-

gló el asunto con la Mitra de Puebla. De ese capital no tomó Ramón ni un peso! Créalo vd.: así fué!

—Lo sé, lo sé todo, hija mía! En aquellos tiempos los ánimos estaban exaltadísimos, mucho, mucho, y Juan era intransigente. El perdió más de ochenta mil duros. Después, ya lo sabes, Dios le ha bendecido. Está muy rico. ¡Cuando Dios dice á dar no pára....!

—Sí, lo sé! ¿Pero, con toda franqueza, padre mío, era eso motivo fundado para que Juan riñera con Ramón, y para que dijera, porque lo dijo, sí que lo dijo, lo sé de buena tinta, cuando empezaron para Ramón las dificultades, á poco de la quiebra de los Durand, que mi esposo se merecía eso y mucho más; que debía ver en los quebrantos de su fortuna un castigo de Dios! Esto le dolió mucho á Ramón, y tanto que sólo yo sé los días y las noches tan amargas que pasamos. Mi esposo todo lo perdonó; pero jamás consiguió olvidararlo!

—Como tú no lo conseguirás, hija mía. Y ¿sabes por qué? ¿Sabes por qué? ¡Porque no quieres echarlo en olvido!

—Me duele aún el corazón, señor Doctor! ¡El hermano más querido! Llegó el asunto á tal grado que no sólo ellos no se veían ni se hablaban, sino que Juan prohibió á los muchachos y á Carmen que

nos visitaran. Venían á Pluviosilla y no ponían un pie en esta casa. Nosotros nos vimos obligados á seguir su ejemplo, y fuimos á Méjico, cuando Elena se enfermó, fuimos para consultar con el Dr. Carmona, y tampoco pusimos los pies en la casa de ellos. Una vez, en el teatro, (me acuerdo bien de que en esa noche, cantaba Angela Peralta la Sonámbula) ocupamos una platea cerca de la que ellos tenían. Nosotros no esperábamos tener en la ópera tales vecinos.... A la mitad del primer acto entraron ellos. Nos vieron, y no saludaron. Nosotros hicimos lo mismo. De buena gana me habría yo ido con mis hijos, pero Ramón me dijo que nó, y sufrí resignada aquel martirio. ¿Quiere vd., señor Doctor, que ahora, después de todo lo que pasó, me presente yo á recibir á mi cuñado?.... No me parece decoroso el hacerlo.... ¿Lo haría vd. en lugar mío?

—Sí; porque, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, perdonaría á quienes me han hecho mal.

—¡Si yo he perdonado!....

—Sí, pero no olvidas. Mira, Lola, humíllate; humíllate, hija mía, en bien de tus hijos. Mi tocayo está dispuesto á favorecerte, á auxiliar á ustedes; á prestarte ayuda, y ayuda eficaz, para que la situación de ustedes varíe desde luego, y para que puedas atender á la educación de tus hijos.

Puedes estar segura de ello: no tendrás mucho que hablar. Apenas digas á mi compadre media palabra, te concederá cuanto le pidas, cuanto le pidas!

—Tal vez; pero yo no pediré nada. Señor: si pienso que eso parecería como pedir limosna!....

Doña Dolores decía esto acongojada, casi sollozante.

—Pero, hija mía,—prosiguió el canónigo,—en qué piensas? Te has detenido, diez minutos siquiera, á meditar en las tristes consecuencias de ese empeño tuyo en vivir alejada de tus parientes? Porque, digas lo que digas, mujer, parientes tuyos son. Tú harás por lo que á tí toca, cuanto quieras, sí, cuanto quieras, hasta perecer de miseria y de hambre; hasta verte obligada á pedir limosna; hasta morir en la cama asquerosa de un hospital. (Y supongo que los hospitales de Pluviosilla no han de ser modelo de limpieza y aseo....) Sí, Lola, sí, tú estás en tu derecho para hacer lo que quieras..... Pero, dime, mujer, dime: ¿y tus hijos? ¿y esas niñas? ¿y esa infeliz cieguécita? Dios te tomará, un día, cuenta estrecha de esta tenacidad tuya, de ese orgullo, que puede ser causa de muy graves desgracias. ¿Sabes tú cuáles son los designios de la Providencia? Hoy el Cielo te depara en tu hermano político un protector, un benefactor, que con la mayor nobleza, con caritativo celo,

desea favorecerte, y favorecer á tus hijos..... ¿Vas á cerrar la puerta al bien de Dios? ¿Vas á contestar con silencio de rencor, con odio de enemigo implacable, á la delicada bondad de tu hermano? No; no harás tal desatino, hija mía, porque yo, el viejo amigo de tu esposo, (á quien Dios tenga en gloria), no lo he de permitir. Dime que cedes; dime que aceptarás el favor de Juan; dime que mañana, dando al olvido ese rencorcillo....

—Si no es rencor....

—¿Pues qué es? ¿Qué nombre merece, señora mía, ese afán de no olvidar viejos disgustos? ¿Cómo deberá ser llamado? ¡Dimelo por Dios! Eres buena cristiana..... Lo sé, lo sabemos todos..... Apelo á tu conciencia.

—Bien. Haré lo que vd. desea, siempre que en ello no haya para mí ni para mis pobres hijos humillación alguna.... Pero... no me obligue vd. á ir á recibir á Juan y á su familia....

—Irás, mujer, irás! ¡O hacer bien las cosas, ó no hacerlas!

—¡No; eso sí nó!

Esta respuesta, enérgicamente expresada, salió de labios de la señora como en un sollozo. El canónigo dulcificó su lenguaje.

—Mira, criatura mía: Juan recomienda en su mensaje que te prevenga yo de su llegada.... Sería penoso para mí, y para

él, que al saltar Juan del tren no encuentre tus brazos extendidos para recibirle.

—Padre mío.... ¡qué dirá la gente! ¡Qué dirá Pluviosilla, informada como ha estado, y como estará, de todo lo pasado!

—No te importe á tí lo que diga el mundo. ¡Bueno es el mundo para decir, cuando siempre dice cosas malas!

—Pero, señor....

—¡Nada de peros! Piensa en tus deberes de madre.

—Padre; pienso y creo....

—Oigamos: ¿qué piensas y qué crees?

—Que vd. es el autor de todo esto; que vd., amigo de Ramón, y amigo que nos quiere y estima, compadecido de nosotros, de nuestras penas, ha venido preparando sabedor de nuestras desgracias y condolido esta entrevista, de la cual espera vd. obtener para nosotros el favor y el auxilio de mi cuñado....

—¡Mucho te engañas, alma de Dios! ¡Mucho te engañas! Yo deseo para ustedes todo bien, y mucho me agradaría hacer ó haber hecho cuanto has pensado de mi antigua y sincera amistad; pero, puedes estar segura de ello, no tienes en esto nada que agradecerme! Juan desea verte... Ya me oíste leer el mensaje y ya sabes lo que dice en él....

—Bien, padre mío! ¡Lo que vd. guste; lo que vd. quiera!... Iré con mis hijos y con Margarita... pero á condición de que

ellos vendrán á esta casa. Lamento no poder recibirlos en ella como en mejores tiempos.

—Vendrán, hija mía, vendrán.... Pasado mañana diré en Santa Marta una misa de difuntos (así me lo ha encargado mi tocayo) por el descanso eterno de sus padres, y por el reposo santo de tu marido. Esa misa será, á la vez, como una misa de perdón. ¡Ea! Olvidar.... perdonar, y que Dios bendiga á todos por los siglos de los siglos!

Obscurecía.... La campana de la Párrroquia dió el toque de oración. Levantóse el clérigo, levantóse la señora y rezaron devotamente.

—Santas y buenas noches, Lolita!

—¡Buenas noches!

Entonces entró Filomena y puso en el velador central una lámpara encendida.

—Te ruego,—dijo el Doctor—que mañana no falten tus hijos.... Bien harías en recomendarles que hoy mismo me busquen en el Hotel. Los espero á las nueve. Ya sabes: en el Hotel de Diligencias.